

Kuhn y Davidson) sin una metafilosofía. El evidente tono metafilosófico del libro (más allá de la crítica directa y explícita al proyecto según Rorty ya auto-superado de la filosofía analítica) se plantea pues como una respuesta directa al quehacer filosófico reinante en las universidades angloparlantes.

Finalmente, el capítulo 1 ("El mundo felizmente perdido") merece ser comentado en último término en virtud de que se trata de un texto que desarrolla el famoso argumento davidsoniano en contra de la distinción esquema/contenido, anunciando lo que será la regla en los textos rortianos a partir de los años 80: la presencia ineludible de Davidson como fuente de los argumentos antirrepresentacionistas decisivos.

Como novedad con respecto a la edición original, el autor prologa la obra con un texto especialmente escrito para la versión castellana. En él, Rorty enlaza su crítica a la tradición platónica-kantiana en tanto centrada en la idea de que el "conocimiento" (representación fiel de la realidad) constituye la esencia de la naturaleza humana, con la observación de que dicha imagen privilegia la relación del hombre con lo extrahumano frente a las relaciones entre los seres humanos. La superación de la tradición tiene pues como lema el fundir la epistemología en la política, convirtiendo a la "solidaridad" en el fenómeno central de la reflexión filosófica. El prólogo sirve pues como muestra del creciente interés por la discusión política que Rorty ha ido desplegando en los últimos años. (Federico Penelas)

Comesaña, Manuel, *Razón, verdad y experiencia. Un análisis de sus vínculos en la epistemología contemporánea, con especial referencia a Popper*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 1996, 172 pp.

Algunos de los temas más profundamente discutidos en la filosofía de la ciencia contemporánea son los referidos a cuál es (o debe ser) la meta u objetivo de la ciencia, a la metodología adecuada para la consecución de esa meta y a la racionalidad de la empresa científica en sus distintos niveles o contextos. Las respuestas dadas a los distintos problemas planteados han generado diferentes concepciones, muchas veces inconciliables entre sí, originando fuertes polémicas entre sus proponentes. Así, se ha asistido a las discusiones entre realistas y relativistas, entre racionalistas *versus* irracionalistas, entre inductivistas y antiinductivistas, etcétera.

Dentro del marco generado por la discusión de estas temáticas se encuentra el estudio de Manuel Comesaña. Una de las tesis principales defendidas por el autor es que no es posible sostener una posición racionalista de la ciencia sin ser también realista: el objetivo de la ciencia debe estar vinculado con la verdad, si bien no puede ser considerado idéntico a ella. Por otra parte,

y en íntima relación con el problema de la verdad, sostiene que uno de los objetivos de la ciencia es la *comprensión* del mundo. El autor pone especial énfasis en el análisis y crítica de las concepciones popperianas de la ciencia, y en lo que constituye la otra tesis central de la obra señala que, en el ámbito de la ciencia fáctica, es imposible ser empirista sin alguna dosis de inductivismo, concluyendo que el antiinductivismo radical es imposible.

En el primer capítulo se examina la distinción estándar entre los contextos de descubrimiento y justificación, y se analizan y critican distintas objeciones formuladas a esta distinción (en particular, dos objeciones referidas a la imposibilidad de trazar una línea tajante entre ambos contextos, y a la existencia de una "lógica" en el contexto de descubrimiento). De esta distinción estándar se retiene la idea de que la filosofía de la ciencia *puede* ocuparse de manera autónoma de los problemas relativos al contexto de justificación de las teorías (y no la tesis más fuerte de que *debe* ocuparse sólo de estos problemas).

El segundo capítulo está dedicado a analizar ciertos problemas de la concepción racionalista de la ciencia, en particular el problema de la racionalidad en el ámbito de la elección de teorías. En este capítulo el autor critica las tesis de la concepción racionalista de Newton-Smith, quien sostiene que la racionalidad de un cambio científico debe ser juzgada de acuerdo con las creencias metodológicas de los científicos involucrados en ese proceso de cambio; en abierta oposición a esto, Comesaña sostiene que esta racionalidad debe ser evaluada con respecto a *nuestras* creencias metodológicas.

En el tercer capítulo (que junto con el capítulo cuarto están dedicados al tratamiento del problema de cuál debe ser el objetivo de la ciencia), se examina la propuesta de Laudan y su crítica a la verdad como meta de la actividad científica. Laudan, basándose en la idea de que es irracional proponer una meta (como la verdad) acerca de la cual no puede saberse si se la ha alcanzado o si se está acercándose a ella, acusa de "utopismo cognoscitivo" a quienes la proponen. Postula, en su lugar, la resolución de problemas como meta de la ciencia: una teoría será mejor que otra si resuelve más problemas. Comesaña señala, con respecto a esto, que el hecho de proponer una meta no empírica para la ciencia contagia de este carácter a las teorías, lo que es inaceptable para alguien que pretenda ser empirista. Por otra parte, critica a la propuesta de Laudan el buscar la certeza metodológica, y el confundir la certeza deductiva con la certeza a secas (crítica que se repetirá con respecto a la concepción popperiana).

El cuarto capítulo está dedicado a proponer y defender la tesis de que uno de los objetivos de la ciencia es la *comprensión* del mundo, y que la explicación debe ser considerada como un *medio* para lograr tal objetivo, y no como un objetivo último. Luego de una presentación acerca de la controver-

sia "explicación *versus* comprensión" en las ciencias sociales, se examina y defiende la tesis de que la explicación debe ser "reducción a lo familiar", lo cual implica que, para que las explicaciones proporcionadas por teorías que hablan acerca de inobservables produzcan comprensión, deben tener algún "modelo visualizable" (es decir, debe haber analogías importantes entre las entidades inobservables acerca de las cuales habla esa teoría y ciertas cosas con las que estamos familiarizados). En relación con esto, Comesaña sostiene que la mecánica cuántica, teoría justificadamente prestigiosa por su éxito predictivo y tecnológico, no se comprende por carecer de modelos visualizables, debido a lo cual las explicaciones que proporciona no son satisfactorias.

En el quinto capítulo se examinan ciertas cuestiones relacionadas con la metodología de la ciencia empírica. En primer lugar se analizan las concepciones inductivistas en sus dos variantes (ingenua o verificacionista y sofisticada o confirmacionista) y se explicitan las dificultades de justificar la adopción de cualquiera de ellas, derivadas del "problema de la inducción". No obstante, Comesaña señala que el programa metodológico inductivista no ha sido completamente superado, en primer lugar porque se sigue trabajando en él, y en segundo lugar porque la metodología rival, que se examina a continuación, presenta dificultades tan graves como el primero. En segundo lugar se somete a crítica la metodología propuesta por Popper (basada en el rechazo total al inductivismo), debido a que no permite establecer el vínculo necesario entre corroboración y verosimilitud, es decir, entre la metodología y la meta que propone para la ciencia, lo cual constituye la llamada "objeción estándar" contra la concepción popperiana.

En los capítulos sexto y séptimo Comesaña examina en profundidad la concepción de la base empírica en la propuesta de Popper. Luego de señalar la existencia de un "falsacionismo débil", diferente del falsacionismo estricto (interpretación usual de la concepción popperiana), en el capítulo sexto se examinan las dificultades relacionadas con la noción de "hipótesis falsificadora de bajo nivel", central en esa forma moderada de falsacionismo. En primer lugar se señalan las dificultades derivadas de la exigencia de Popper de que los enunciados básicos deban referirse a sucesos repetibles (con lo cual no serían más que casos de una hipótesis universal): si toda refutación de una hipótesis requiere la corroboración de una hipótesis falsificadora, se cae en un círculo vicioso, a menos que se admita que la corroboración de esta última hipótesis puede hacerse por vía inductiva, concesión que Popper, por supuesto, no podría admitir. Comesaña atribuye como causa principal de la oscuridad del planteo popperiano acerca de este tema, a la ausencia de una distinción clara entre el experimento y la observación no experimental como métodos de testeo, y al presentar como requisito válido de manera irrestricta algo que sólo tiene validez dentro del campo de las ciencias experimentales. En

segundo lugar, se señala una oscilación de Popper en el tratamiento del tema, debida a su aceptación de que en algunos casos no hay hipótesis falsificadora, sino que es suficiente un enunciado básico para refutar una hipótesis universal.

En el capítulo séptimo se aborda el problema referido al rol de la experiencia perceptual en la aceptación de los enunciados básicos. Luego de poner de manifiesto la existencia de una tensión, en la propuesta popperiana, entre la pretensión de ser empirista (que implica que los enunciados básicos se refieran a hechos observables) y el antipsicologismo extremo (el cual, en conjunción con el antiinductivismo, lo lleva a sostener que la aceptación de enunciados básicos no puede en ningún caso ser justificada por la observación), Comesaña observa que esta tensión se resuelve, en última instancia, a favor del antipsicologismo. Para Popper, los enunciados científicos no se testean empíricamente. Esta toma de posición de Popper con respecto al problema de la base empírica, señala Comesaña, si bien representa una ruptura clara con el programa del empirismo lógico, presenta problemas de tal magnitud que no parece constituir un progreso real con respecto a éste.

El octavo capítulo está dedicado al análisis de la concepción popperiana de la ciencia social. Comesaña señala que las ideas de Popper con respecto a la ciencia social (a las que considera plausibles) representan un abandono tácito de la metodología que propuso para las ciencias naturales, en especial en lo que se refiere a dos tesis fundamentales: el *refutacionismo* y el *convencionalismo*. Para Popper, el conocimiento científico de la sociedad puede desarrollarse únicamente si busca solucionar problemas prácticos de la vida social. Este “enfoque tecnológico” de la ciencia social, dice nuestro autor, encuentra justificación epistemológica en ciertas ideas de Popper acerca del testeo empírico, y proporciona el fundamento para su propuesta de la “ingeniería social fragmentaria” como método de testeo de las teorías acerca de lo social.

En los capítulos nueve, diez y once se analiza la propuesta neopopperiana de John Watkins, en particular sus intentos de solución a algunos de los problemas (tratados en capítulos anteriores) de la concepción de Popper.

El capítulo nueve está dedicado al examen de la propuesta con la que Watkins pretende resolver un problema central de la concepción popperiana, es decir, el problema de por qué la teoría mejor corroborada es la mejor teoría. Watkins sostiene que la teoría mejor corroborada es la mejor teoría porque es la que, en su campo y en el momento actual, es la que mejor cumple con el objetivo óptimo de la ciencia. En este aspecto, se formulan a Watkins críticas análogas a las que se habían formulado anteriormente a Laudan: la búsqueda de la certeza metacientífica en la evaluación de teorías, y la errónea identificación de la certeza deductiva con la certeza a secas.

En el capítulo décimo se analiza el intento de solución de Watkins al

problema de la base empírica, basado en un debilitamiento del componente antipsicologista de la concepción popperiana, sin renunciar a su antiinductivismo radical. En este aspecto, se señala que la propuesta de Watkins fracasa (dada su pretensión de mantenerse dentro del marco popperiano), debido a que su criterio de aceptabilidad racional de los enunciados de la base empírica (esto es, que los enunciados de nivel 1 son una buena explicación de enunciados de nivel 0) constituye una maniobra inductivista.

El capítulo once está dedicado al tratamiento del intento de solución de Watkins del "problema pragmático de la inducción", es decir, el mostrar que es racional preferir las acciones guiadas por el "método científico" (sea cual fuere éste). Aquí se examinan y critican los argumentos de Watkins en favor de la pretensión de que un agente debe preferir tomar las hipótesis mejor corroboradas como base para su acción, aun cuando estas estimaciones de corroboración no nos permitan anticipar nada acerca del desempeño futuro de esas hipótesis (en caso contrario, estaría implicada una suposición inductiva).

El libro contiene además tres apéndices. En el primero se abordan ciertas cuestiones vinculadas con los criterios de evaluación de las investigaciones científicas y sus implicaciones epistemológicas. El segundo apéndice está dedicado a la crítica de la teoría de la verdad en Habermas. En el tercer apéndice se analiza la versión de Musgrave de la solución popperiana al problema de la inducción, postulada para superar la "objeción estándar contra Popper". (Gustavo Fernández Acevedo)